

LOS PRIMEROS CATORCE AÑOS DE LA REPUBLICA FEDERAL  
ALEMANA

Si la promesa, un poco vaga, del canciller Adenauer de retirarse de la vida política activa el próximo septiembre, se convierte en realidad, ese acontecimiento podría muy bien coincidir con el 14 aniversario de la creación oficial de la República Federal Alemana, el 21 de septiembre de 1949. Sería más fácil entonces rendir el tributo merecido al único jefe de Gobierno que ha conocido el país y hacer, al mismo tiempo, un balance, aunque sólo fuese mental, de la obra realizada por un hombre que había empezado—un poco por casualidad—una nueva vida política a la edad que es considerada por la mayoría de los mortales como adecuada sólo para el disfrute de un retiro bien ganado.

Raras veces, ciertamente, se ha dado una situación parecida y quizá ninguna en la que hubiesen concurrido unas circunstancias tan llamativas y, en general, tan desfavorables. El ex alcalde de Colonia y ex figura no especialmente conspicua del antiguo partido católico de *Zentrum*, había adquirido especial notoriedad por una decisión adoptada contra él por las autoridades británicas de ocupación, cuando apenas terminada la segunda guerra mundial. Se le había proyectado hacia el primer plano de la vida nacional de la Alemania que intentaba formarse con lo que había sido partido en las tres zonas occidentales—la cuarta estaba en proceso de transformación en una especie de Estado satélite de la Unión Soviética—y nadie hubiera podido decir entonces que las perspectivas le fuesen favorables. El país estaba destrozado física y moralmente, una buena parte de la industria que se había salvado de los bombardeos había sido desmantelada y transportada a otros países, el marco había caído por los suelos, abrumado por el peso de la inflación, el estraperlo y el desorden económico que suponía la importación por la cuenca del Ruhr de carbón norteamericano y, en fin, las demandas de indemnizaciones y reparaciones que prometían no tener en cuenta

para nada la experiencia desastrosas de los años que siguieron a la primera guerra mundial. Entre unas cosas y otras, parecían imposible la vida para un país que había quedado reducido a una porción pequeña de lo que había sido con anterioridad a la era nacional-socialista que de tal manera había empujado hacia afuera sus fronteras nacionales.

Una gran parte del país, todas las tierras del Este, se había perdido y todo lo que en otro tiempo había sido el corazón de Alemania, la *Mittel Deutschland*, también se había perdido de hecho, puesto que había caído directamente bajo la influencia de la Rusia soviética.

Eso, un territorio que por sus dimensiones geográficas había dejado claramente de ser uno de los grandes países de Europa, que físicamente estaba destrozado, moralmente deshecho y condenado y proscrito por los victoriosos y sus aliados y amigos, era la República Federal Alemana, al frente de cuyo primer Gobierno se encontraba el doctor Konrad Adenauer, en el momento de su creación.

Hoy, trece años largos después, en los días que siguen a la solución de una delicada y enojosa crisis política y cuando ya se especula abiertamente sobre lo que será la República Federal Alemana a partir del momento en que el doctor Adenauer, *Der Alte*, en actitud más de respeto que de afecto o veneración, ese país es una de las primeras potencias europeas y desde más de un punto de vista la más importante de todas. Su participación en el aparato militar de la O. T. A. N. es ya la más importante de todas.

Una transformación así es demasiado grande y fundamental para ser la obra de un hombre, pero el *milagro alemán*, la realización de unos cuantos años, muy pocos, en lo económico bajo la dirección personal del profesor Ludwig Erhard, nunca hubiera sido posible, como tantas otras cosas, sin el doctor Adenauer.

### *Una "vida desordenada".*

Por esos mismos días en que con tanto interés se seguía el desarrollo de una crisis política que ha hecho pensar en serio en lo que podría ser la vida y la posición de la Alemania occidental cuando ya el doctor Adenauer no se encontrase al frente de su Gobierno, se empezaban a oír también voces de advertencia cuando no de angustia sobre las consecuencias de lo que ya se calificaba como una «vida desordenada».

En estos momentos, la Alemania occidental cuenta con reservas monetarias por un total de 28.000 millones de marcos, alrededor de 7.000 millones de dólares, casi la mitad de las reservas de los Estados Unidos y el convencimiento, más allá de los círculos especializados que siempre tienden a contemplar las cosas en actitud un poco recelosa, de que eso ya «es para siempre».

No, exclama alarmado un informe reciente del Banco de Frankfurt, después de andar en busca de indicios que hablen del futuro, de factores «invisibles» que para algunos países son a menudo un signo favorable, pero que en la Alemania occidental dan la sensación de ser siempre desfavorables. Así se quieren ver puras maniobras de contabilidad en una buena porción, al menos, del aumento experimentado últimamente por las reservas monetarias, y, por encima de todo, en los gastos hechos en el extranjero por los millones de alemanes que se marchan por el invierno en busca de alivio para los rigores de un clima en general desapacible y por el verano en busca de playas en las que bañarse o de cuestas nevadas en las cuales entregarse a los deportes de invierno.

Un estudio reciente llega a la conclusión de que durante 1962, los turistas alemanes han gastado fuera de su patria un promedio de 11.000.000 de marcos al día, hasta alcanzar un total por encima de los 4.000 millones de marcos, un aumento del 36 por 100 sobre el año anterior.

En toda Europa no se ha dado un fenómeno semejante y sus consecuencias se dejan sentir en casi todos los países, no sólo en Austria, Suiza e Italia, que han sido tradicionalmente los de mayor interés para el turista alemán. Y sin una contrapartida más o menos adecuada, como es el caso de Francia o de Inglaterra, con un gran movimiento turístico en las dos direcciones. Los ingresos de la Alemania occidental por concepto turístico han subido el año pasado a unos 1.700 millones de marcos, menos de la mitad de lo que ha salido.

«No es simplemente el caso de un país que vive por encima de sus propios medios; es el caso de una vida de despilfarro», según el citado Banco de Frankfurt. Parece, observa un poco más adelante, que «estamos perdiendo todo el sentido sobre cómo debemos actuar en lo tocante al balance de pagos».

No es este el único motivo de preocupación, sin embargo. Más alarmante que esta salida de divisas sin la correspondiente compensación es la tendencia al aumento en el costo de la producción a un ritmo considerablemente

más alto que el aumento en el índice de la producción. No supone alivio alguno la conclusión de que todo esto puede ser inevitable en un ambiente de tanta prosperidad como el que prevalece actualmente en la Alemania occidental. El aumento constante en la producción, el rápido desarrollo económico, un crecimiento notable del comercio de exportación, el aumento de la competencia en los mercados internacionales, todo, en fin, ha contribuido a crear unas condiciones favorables en principio a la nivelación que en definitiva es inevitable en una sociedad internacional crecientemente integrada. El aumento rápido en la producción hace subir de manera irresistible la competencia en el mercado, por un lado, y la demanda de mano de obra por el otro, con la consecuencia inmediata del encarecimiento del costo de producción.

#### *Falta de mano de obra.*

Durante algún tiempo la situación no fué alarmante para la Alemania occidental a causa de la llegada constante de refugiados de la Alemania oriental, tres o cuatro millones de personas en una docena de años. Este movimiento continúa, pero a un ritmo mucho más lento desde la presencia, hace año y medio, del *muro de la vergüenza* a través de la ciudad de Berlín, y es insuficiente para aliviar de una manera efectiva la presión que la mucha demanda ejerce sobre la bolsa del trabajo. Algún alivio ha significado la inmigración de italianos, griegos y españoles, pero no lo suficiente para contrarrestar con eficacia la influencia desfavorable sobre los precios—y sobre las ganancias, como consecuencia del esfuerzo que se hace por evitar en lo posible alzas en los precios que podrían ejercer una influencia ruinosa en las exportaciones que transitoriamente al menos acabaron situando a la Alemania occidental por encima de Inglaterra—y, por lo tanto, en las perspectivas económicas en general—. Y en la posición política de la Alemania occidental en Europa y en el mundo, sobre la cual influye todo esto de manera decisiva.

Precisamente la angustiada falta de mano de obra es uno de los argumentos más poderosos que se han esgrimido hasta ahora en contra de otro aumento considerable en las fuerzas armadas de la nación. Frente a presiones como la que vienen ejerciendo los Estados Unidos en favor de un aumento rápido en el número de las divisiones puestas a disposición de la O. T. A. N.—en algunas ocasiones se ha hablado de aumentar al doble la

docena de divisiones ya organizadas o en avanzado proceso de formación del Ejército de tierra de la Alemania occidental—, se ha insistido mucho en las consecuencias sumamente perjudiciales que tendría en estos momentos el retirar a unos 750.000 trabajadores de sus puestos de trabajo actuales o en potencia.

Son consideraciones así las que dan una significación única a la situación en que se encuentra la Alemania occidental en estos momentos, a poco de haberse resuelto una crisis política a la que circunstancias un poco escandalosas han atribuido unas características que nunca ha tenido. El hecho fundamental es el cambio que se está produciendo en la Alemania occidental y en otros países, el paso posiblemente de una época a otra en el período de la postguerra, de la fase de la reconstrucción y el desarrollo—económico, político y social—a la de una estabilidad que trae también sus inquietudes y preocupaciones.

Alemania, la República Federal Alemana, ha vuelto a convertirse en un factor decisivo en el equilibrio del poder en Europa. Es más, pudiera decirse que en el mundo, siempre que fuese posible olvidarse de la influencia que necesariamente ha de tener la potencia decisiva que dan, distribuidas en dos naciones nada más, para fines prácticos, las armas nucleares.

En estos pocos años y bajo la dirección del canciller Adenauer, la Alemania occidental se ha convertido en una potencia grande y respetada. Mantiene ya una posición en la O. T. A. N. que puede ser secundaria sólo cuando se reserva el primer puesto a los Estados Unidos, está jugando un papel de primer orden en la Comunidad Económica Europea, que se halla en adelantado proceso de formación, la política de aproximación francogermana ha introducido alteraciones radicales en toda la vida política de Europa desde hace mucho tiempo y su influencia en las cosas del mundo va en aumento constante.

A la visita del presidente De Gaulle a la Alemania occidental de hace pocos meses siguió la del canciller Adenauer a Washington, la del presidente Luebke a la India y otros puntos del mundo oriental, la del ministro de Asuntos Exteriores, doctor Gerhard Schroeder, a Londres, la del canciller Adenauer a París, hace muy poco todavía. No se podría hablar de ninguno de estos viajes como si se tratase de meras excursiones realizadas en el disfrute de un descanso bien merecido, o de visitas puramente protocolarias, especialmente cuando se tiene en cuenta la edad avanzada y las muchas responsabilidades que pesan sobre algunos de estos distinguidos viajeros. Son parte

Inseparable de las funciones de dirección de una potencia como la Alemania occidental, que se encuentra construyendo fundiciones de acero en la India, abriendo nuevos mercados por el Oriente Medio, estudiando las perspectivas de industrialización de Grecia, interviniendo de una manera muy directa en la gran polémica en torno a la creación de una posible fuerza nuclear para la O. T. A. N.

Nada de esto sería posible de no haberse producido ese «milagro» que en una docena de años transformó las ruinas que dejaron a su paso los aviones de bombardeo en uno de los centros de actividad económica más desarrollados y florecientes del mundo. Pero esto tiene sus inconvenientes también, como se va viendo en estos días, en los que parece obligado hablar de la crisis que se avecina cuando apenas se ha salido de una que a pesar de su escasa importancia ha calcado huellas profundas en el panorama político alemán y abierto interrogantes para la contemplación del mundo exterior.

#### *Retorno a la coalición.*

Las últimas elecciones privaron al partido del doctor Adenauer de la mayoría absoluta que tenía en el *Bundestag* o cámara baja del Parlamento de Bonn. De esto salió la necesidad del retorno al gobierno de coalición en condiciones nada favorables para el partido—y los dirigentes—que habían dominado de una manera absoluta el panorama político alemán de toda la postguerra. Ante la repugnancia del doctor Adenauer a llegar a un acuerdo con la gran minoría socialdemócrata, fueron necesarias concesiones importantes al grupo, relativamente pequeño, pero que había conseguido ocupar una posición vital entre los dos grandes partidos, de los demócratas libres, situado a la derecha, al menos en teoría, y de los demócratas cristianos. En la práctica costaba gran trabajo, sin embargo, aceptar en toda su extensión la realidad de una situación como aquélla y más de una vez, como ocurrió en el sensacional caso del semanario *Der Spiegel*, cuyo director y varios redactores fueron detenidos, acusados de un posible delito de traición con motivo de un artículo en el que se censuraba duramente algún aspecto de la política militar de la nación, algunos ministros demócratas libres no estaban siempre al tanto ni siquiera de actividades relacionadas directamente con sus propios ministerios.

Lo verdaderamente importante de aquella crisis—o reorganización mi-

nisterial—está en la agudización de un conflicto que estaba planteado y en proceso de agravación desde hacía algunos años y del cual era expresión vigorosa el entonces ministro de Defensa, Franz-Josef Strauss, y en la iniciación de conversaciones con los dirigentes socialdemócratas, lo cual induce a pensar en posibilidades de colaboración para el futuro. Mucho dependerá, sin duda, de lo que salga de las elecciones que deberán celebrarse en 1965.

En cualquier caso, la presencia de dos partidos con una innegable fuerza popular y la mucha actividad, no siempre desacertada ni mucho menos, de los demócratas libres bajo la dirección de Erich Mende, hace pensar para el futuro inmediato en gobiernos de coalición, bien entre cristianos demócratas y demócratas libres o entre los primeros y los socialdemócratas, ya que hoy por hoy parece sumamente improbable un gobierno de socialdemócratas y demócratas libres. En cualquier caso, una consecuencia notable será la debilitación de las posiciones hasta ahora francamente dominantes, que venía desempeñando la democracia cristiana.

Y, por supuesto, la entrada posible de alteraciones en la política exterior. Algo de esto se presiente ya en cosas de tanta importancia para el futuro de la Alianza Atlántica como la actitud de Alemania hacia la propuesta, hecha repetidamente y en forma imprecisa todavía, de crear una fuerza nuclear, para ponerla a disposición de una organización que está bajo la influencia de los Estados Unidos es algo más importante todavía que el hecho de haber sido norteamericanos todos sus comandantes supremos.

La caída de Herr Strauss como ministro de Defensa hizo pensar en la posibilidad de un cambio importante en la actitud alemana sobre esta cuestión. El nuevo ministro de Defensa, Kai-Uwe von Hassel, está considerado como mucho más inclinado que su antecesor en favor de la política que dé un gran desarrollo a las fuerzas armadas de tipo convencional, dejando las nuevas, las nucleares, como monopolio exclusivo de las dos superpotencias que han sacado en esto una ventaja decisiva al resto del mundo. Pero hay claros indicios de que la cuestión no está decidida, ni mucho menos, a pesar del enorme interés de los Estados Unidos en dotar a la O. T. A. N. de un número de divisiones «clásicas» considerablemente por encima de las 25 de que en teoría se dispone en la actualidad.

Esto se ha puesto de manifiesto con acontecimientos como la decisión del canciller Adenauer de mantener en su puesto, interinamente, a Strauss durante el mes que von Hassel necesitó para el ordenado traspaso de las

funciones de ministro-presidente del Estado de Schleswig-Holstein, después de haberse anunciado que esas funciones se confiarían a Joachim von Merkatz. Continuó en su puesto, aun cuando por muy poco tiempo más, acaso el miembro más discutido de la coalición gubernamental de la Alemania occidental durante buena parte de la postguerra. Y apenas resuelta la crisis, la gran cuestión sobre el armamento convencional o nuclear se vió proyectada una vez más al campo de la actualidad pública a causa de los artículos del crítico militar del *Frankfurter Allgemeine*, Adelbert Weinstein, considerado como el portavoz, en estas cuestiones, de herr Strauss.

*Una necesidad absoluta.*

La defensa de Europa frente a un posible ataque comunista ya no sería posible sin el recurso a las armas. Este ha sido el argumento de Strauss y este es el argumento central, reiteradamente expuesto, de los artículos de Weinstein, quien afirma: «La calidad militar de la O. T. A. N. no se puede mejorar con la sola aportación de más divisiones alemanas.»

Sin las armas nucleares serían necesarias sesenta, quizá noventa divisiones para contener un empuje comunista. Pero la nueva estrategia tiende a dejar las armas nucleares a un lado. En circunstancias así, ¿cuál podría ser la utilidad práctica de añadir unas pocas divisiones más—nunca podrían ser muchas—a las pocas con que cuenta en la actualidad la O. T. A. N. en Europa?

Hay, sin embargo, consideraciones de mayor peso todavía, a juzgar por lo que ha venido diciendo este crítico militar a quien se ha prestado una atención especial en estas circunstancias, por tenerse el convencimiento de que sus críticas son el anticipo de la decisión de Strauss de llevar al Parlamento la lucha que pudiera haber perdido desde el momento en que se ha visto alejado de un cargo tan importante como el de ministro de Defensa. El Gobierno federal, dice Weinstein, debería, por lo tanto, rechazar la petición norteamericana, reiterada con especial fuerza por el secretario de Defensa, Robert McNamara, en la sesión del Consejo de Ministros de la O. T. A. N., celebrada en París, a fines del año pasado. «Es más—advierte—, un ejército de 750.000 hombres privaría a la industria alemana de la indispensable mano de obra. Esto fomentaría la resistencia no sólo de nuestros sindicatos. Nunca valdría la pena que un Gobierno alemán incurriese en se-

mejantes dificultades por causa de una política militar que falla en su propósito esencial.»

No ha sido esta la única voz que se dejó escuchar en la Alemania occidental para criticar duramente las propuestas del secretario de Defensa norteamericano, pero ha sido la que mayor atención ha recibido. Y una de las que intervinieron con mayor claridad y decisión en un debate apasionado. Las teorías de Mr. McNamara—afirmó Weinstein—«no son adecuadas para Europa».

Hoy por hoy, no hay, para la Alemania occidental, una cuestión de mayor importancia, aun cuando sólo sea por apuntar a cambios radicales en una orientación político-militar que hasta ahora había coincidido casi siempre con la actitud mantenida por los Estados Unidos. Y por coincidir también en lo fundamental, con las inquietudes y preocupaciones de quienes, tanto en Francia como en Inglaterra, van expresando, con mayor empeño cada día, el convencimiento de que los Estados Unidos sólo buscan hacer imposible la existencia de más potencias nucleares que las ya existentes. Es más, se extiende la creencia de que se busca convencer a la misma Inglaterra para que abandone las pretensiones que había tenido hasta ahora y concentre la atención en el futuro en los armamentos convencionales y en el aumento de las fuerzas armadas que tiene a disposición de la O. T. A. N. por la cuenca del Rin.

### *La espada convertida en escudo.*

El cambio más importante, sin embargo, es el que se ha producido en los Estados Unidos, a juzgar por la exposición que hizo McNamara en las últimas reuniones de la O. T. A. N. Lo que hasta entonces estaba considerado como la espada dispuesta siempre a clavarse, para destrozarlo, en el cuerpo del agresor, el inmenso poder nuclear de los Estados Unidos simbolizado por el Mando Aéreo Estratégico con bases muy importantes en Europa, aun cuando nunca han estado incorporadas a la O. T. A. N., había pasado a ser un escudo nada más. En adelante, la espada serían las divisiones de infantería armadas, lo más poderosamente posible, con armas convencionales.

De hecho, lo que hasta entonces había tenido las características de una garantía contra la agresión pasaba a convertirse en un instrumento de protección que podía entrar en acción o no. Mucho dependería, sin duda, de la

actitud del enemigo. Y quizá de la forma en que reaccionasen los aliados europeos de los Estados Unidos a los requerimientos insistentes—y generalmente desatendidos—para que incrementasen sin demora y con una efectividad real su potencial militar convencional.

El cambio que se ha producido tiene un precio, según el crítico militar del *Frankfurter Allgemeine*: la guerra local. «Se supone que el horror ha de venir por etapas—escribe—. Los políticos que han asistido a la reunión de la O. T. A. N. reaccionaron fríamente ante las ideas de McNamara; los peritos militares las rechazaron.»

Al mismo tiempo que se aceraba y aumentaba la oposición a las ideas estratégicas de los dirigentes norteamericanos en los medios dominados por la democracia cristiana, entre la oposición socialdemócrata se hacían más frecuentes las declaraciones y los comentarios que inducían a pensar en que también de su lado había indicios de cambio, incluso para apuntar en una dirección enteramente insospechada. La impresión general que estaba dando la Prensa socialdemócrata era de apoyo decidido a la posición defendida por Mr. McNamara, favorable al desarrollo efectivo de las fuerzas armadas convencionales y a considerar las armas nucleares como un escudo protector y destinado a ser mantenido en la reserva.

A la publicación en el *Boletín* del Gobierno de Bonn de un artículo en el que se advertía claramente que los países asociados de los Estados Unidos en Europa no deben convertirse en «soldados de a pie» de la Alianza Atlántica, un periódico socialdemócrata tras otro se dedicó a censurar editorialmente la actitud de un Gobierno, el de Bonn, que ponía en peligro las buenas relaciones de la Alemania occidental con los Estados Unidos.

Se podía decir, sin duda, en coincidencia con el importante *Koelnische Rundschau*, que suele hablar en favor de la política del Gobierno actual, que «está en vías de desarrollo en Bonn una disputa violenta sobre la política defensiva» de la Alemania occidental. El mucho hincapié puesto por McNamara en la preparación rápida de un gran número de divisiones para estacionarlas entre los Alpes y el Báltico, junto con un *deterrent* nuclear íntimamente integrado, aun cuando confiado por completo a los Estados Unidos, estaba tropezando con mucha resistencia. Y lo que estaba sucediendo en la Alemania occidental inducía a pensar que esa resistencia iría más bien en aumento con el paso del tiempo y la aproximación consiguiente a situaciones que pudiesen recomendar una mayor atención a las actitudes—y a

las inquietudes—de la opinión popular, cada día un poco más preocupada por estas cuestiones.

*Un gran déficit en perspectiva.*

Un factor de mucha y creciente importancia era ya la tendencia a una mayor y más íntima colaboración europea, a la exploración incluso de las posibilidades de formación de una fuerza nuclear independiente de la norteamericana que, bajo la dirección de Francia, la Alemania occidental y muy posiblemente Inglaterra también, fuese creada y desarrollada para ser puesta a disposición de la Comunidad Económica Europea. Lo sucedido recientemente a Inglaterra, a causa de la decisión unilateral de los Estados Unidos de abandonar el programa de desarrollo del proyectil dirigido de aire a tierra *Skybolt*, ¿no podría facilitar mucho la entrada de Inglaterra en el Mercado Común? Y, en ese caso, ¿no sería realista pensar en la posibilidad de que los conocimientos y la experiencia de Inglaterra en el desarrollo de las armas nucleares, junto con lo que está haciendo ya Francia y pudiera, sin que pasase mucho tiempo, hacer también Alemania, se tradujesen en la formación de una tercera potencia nuclear efectiva y además enteramente independiente también?

El hecho de que sea ya tan fuerte la resistencia en la Alemania occidental al desarrollo continuado y rápido de las fuerzas armadas «clásicas» pudiera ser uno de los acontecimientos más llamativos de estos últimos tiempos. Y la consecuencia, en gran parte, de un estado de cosas muy poco satisfactorio.

Debido precisamente a la enorme importancia que se ha dado a la política que en poco tiempo ha convertido a la Alemania occidental en una de las principales potencias militares de Europa, el nuevo ministro de Hacienda, Rolf Dahlgren, se ha encontrado con algo sumamente desagradable: un déficit de 2.000 millones de marcos, consecuencia casi exclusiva de los gastos hechos durante el año último por encima de lo que en el presupuesto se había destinado a fines militares. Esto y el aumento proyectado en el presupuesto militar para el año en curso hacía subir el déficit a un total, para estos dos años, 1962 y 1963, juntos, de 5.000 millones de marcos, alrededor de 75.000 millones de pesetas.

El presupuesto militar de la Alemania occidental, que a principios de 1962 se había fijado en 15.000 millones de marcos, había subido a casi

17.000 millones para el momento en que se cerró este ejercicio, el 31 de diciembre pasado. Para el año en curso, este presupuesto se había calculado ya en 18.500 millones de marcos y costaría mucho trabajo, de persistir las tendencias de los últimos años, mantenerlo rigidamente dentro de unos límites fijados acaso no con mucha precisión.

Un aumento tan rápido y pronunciado requiere la adopción de medidas adecuadas para no caer en los peligros de los presupuestos crónicamente deficitarios, con la influencia tan desfavorable que a menudo ejercen sobre la vida económica en general y la estabilidad monetaria en particular. Y esto quiere decir, sencillamente, que el aumento en los impuestos ha de ser inevitable. Lo que también es susceptible de acarrear consecuencias nada cómodas, especialmente en un país donde los impuestos y contribuciones son generalmente muy elevados.

La menos grave, tal vez, de las consecuencias sería el ofrecer a la oposición armas que pudiesen ser tanto más peligrosas según la habilidad con que fuesen manejadas. Por lo pronto, la oposición ha empezado ya a hablar del «colapso de los planes presupuestarios» y a decir que «el presupuesto de moderación» a que había aludido el predecesor del actual ministro de Hacienda, Heinz Starke, no se había podido mantener porque ni el ministro de Defensa ni el propio ministro de Hacienda dimisionario le habían prestado la menor atención.

Y eso, en una situación de creciente fluidez política, en lo nacional y más aún en lo internacional, como la que existe en la Alemania occidental y en la mayor parte de Europa, difícilmente podría dejar de tener repercusiones de importancia.

JAIME MENENDEZ.